



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 15

24.01.2021

DOMINGO DE LA 3ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	De La Profecía de Jonás (Jon 3, 1-5. 10).
Salmo Responsorial	Salmo 24 (Sal 24, 4-5ab. 6-7bc. 8-9).
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1 Cor 7, 29-31).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 1, 14-20):

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: **«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».**

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: **«Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres».**

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante, vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación, los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.

^① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.



Cumplido ya el tiempo, es decir, cuando verdaderamente llegó la plenitud de los tiempos y envió Dios a su Hijo. Se entiende por reino de Dios aquél en que Dios reina; esto es cuando se vive en las promesas de ver a Dios cara a cara. Se puede vivir así, a través de la práctica del amor a Dios y al prójimo o por alguna otra prueba de aquellos que llevan la imagen divina. Es, pues, bien claro que el reino de Dios no se encierra en ningún lugar ni tiempo.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración:

6.- La Oración de Jacob

Miércoles 10 de junio de 2020.

El libro del Génesis, a través de las vivencias de hombres y mujeres de épocas lejanas nos cuenta historias en las que podemos reflejar nuestra vida. En el ciclo de los patriarcas encontramos también la de Jacob. El relato bíblico nos habla de la difícil relación que Jacob tenía con su hermano Esaú. Jacob es el segundo hijo -eran gemelos-, pero mediante engaños consigue arrebatarse a su padre Isaac la bendición y el don de la primogenitura.

Obligado a huir lejos de su hermano, en su vida, parece tener éxito en todo lo que emprende: llega a ser propietario de un rebaño enorme; consigue casarse con la hija más hermosa de Labán, de la que estaba enamorado. Jacob, diríamos con lenguaje moderno, es un hombre “hecho a sí mismo”, ingenioso, astuto, capaz de conquistar todo lo que desea. Pero le falta algo. Le falta la relación viva con sus raíces... Y, un día, decide volver a su antigua patria, donde todavía vivía Esaú.

Jacob parte y lleva a cabo un largo viaje con una caravana numerosa de personas y animales, hasta que llega a la última etapa, al vado de Yabbog; aquí, después de haber hecho atravesar el río a toda su gente y a todo el ganado, se queda solo; necesita pensar en lo que le espera mañana cuando se reencuentre con su hermano. ¿Qué actitud tomará su hermano Esaú?

Y, mientras oscurece, de repente, un desconocido lo aferra y comienza a luchar con él. Jacob luchó durante toda la noche, pero, al final, es vencido. Aquel misterioso luchador le pregunta su nombre y le dice: **«En adelante, no te llamarás Jacob, sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido»**. Le cambia el nombre, le cambia la vida, le cambia la actitud. *Te llamarás Israel.*

Entonces también Jacob le pregunta: **«Dime por favor tu nombre»**.



El desconocido no se lo revela, pero, en compensación, lo bendice. Y Jacob entiende que ha encontrado a Dios **«cara a cara»**.

El Catecismo explica: *«La tradición espiritual de la Iglesia ha tomado de este relato el símbolo de la oración como un combate de la fe y una victoria de la perseverancia»* (CIC, 2573). **Luchar con Dios es una metáfora de la oración.** En otras veces, Jacob había sido capaz de dialogar con Dios, de sentirlo como una presencia amiga y cercana; pero en esa noche, a través de una lucha que duró mucho tiempo y que casi lo vio sucumbir, el patriarca salió cambiado: cambio de nombre, cambio de modo de vivir y cambio de la personalidad. Por una vez ya no es dueño de la situación —su astucia no sirve—, ya no es el hombre estratega y calculador; Dios lo devuelve a su verdad de mortal que tiembla y tiene miedo, porque Jacob en la lucha tiene miedo.

Éste es el Jacob que recibe de Dios la bendición con la cual entra en la tierra prometida: vulnerable y vulnerado, pero con el corazón nuevo. Todos nosotros tenemos una cita en la noche con Dios, en la noche de nuestra vida, en las muchas noches de nuestra vida. Él nos sorprenderá en el momento en el que no nos lo esperemos, en el que nos encontremos realmente solos. Nos cambiará el corazón y nos dará la bendición reservada a quien se ha dejado cambiar por Él.

Esta es una hermosa invitación a dejarnos cambiar por Dios. Él sabe cómo hacerlo.

Sólo tenemos que pedirselo: **“Señor, Tú me conoces. Cámbiame”**.

V. EUTANASIA Y SUICIDIO ASISTIDO SON ETICAMENTE INACEPTABLES (2)

La eutanasia afecta a la relación médico-paciente

La introducción de la eutanasia en el panorama de acciones que puede realizar un médico socava la relación entre médico y paciente, fundamento de todo acto médico y que se basa siempre en la confianza. Cuando no existe posibilidad de eutanasia, el paciente tiene confianza en que el médico está intentando ayudarlo en su problema de salud, y hará todo lo razonablemente posible en ese sentido, y aceptará con gusto sus consejos.



Sin embargo, cuando aparece la posibilidad de que el médico provoque la muerte, y de que, como muestra la experiencia en otros países, suceda sin autorización del paciente, el recelo es lo normal. De este modo se destruye el fundamento ético sobre el que se construye la relación médico-paciente. Y esto, independientemente de que el médico informe con detalle de su postura, pues esta información puede ser interpretada como una manifestación de rectitud, o como un intento de allanar el camino para practicarla.

La eutanasia afecta a la familia

Todos los ordenamientos jurídicos reconocen —en una u otra medida— el derecho de los familiares más cercanos a decidir en nombre del enfermo incapaz de expresar por sí mismo su voluntad. Y es claro que la eutanasia puede introducir en las relaciones familiares un sentimiento de inseguridad, confrontación y miedo, ajeno a lo que la idea de familia sugiere: solidaridad, amor, generosidad. Esto es así, sobre todo si se tiene en cuenta la facilidad con que se pueden introducir motivos egoístas al decidir unos por otros en cuestiones sobre el final de vida: herencias, supresión de cargas e incomodidades, ahorro de gastos, etc.

Desde otra perspectiva, en una familia donde se decide injustamente sobre uno de sus miembros, la tensión psicológica y afectiva que se genera puede ser, y es de hecho, fuente de problemas e inestabilidades emocionales, dadas las inevitables connotaciones éticas de tales acciones.

La eutanasia tiene consecuencias sobre la práctica médica

La eutanasia daña a la medicina. Los médicos, además de practicar la eutanasia, deberán atender a otros pacientes. La confianza entre médico y paciente es esencial. Si el médico considera eliminar al paciente como una opción válida, la confianza entre el médico y el paciente queda gravemente comprometida.

Una práctica correcta de la medicina debe intentar que la enfermedad no obstaculice la vida del paciente. Si se puede, curando. Si no, aliviando (lo más frecuente con gran diferencia) o consolando. La eutanasia no cabe en este planteamiento, pues no ayuda al paciente a vivir, sino que elimina el problema al provocar su muerte. La eutanasia no ofrece ni calidad de vida ni calidad de muerte. Por este motivo, la introducción de la eutanasia desnaturaliza la medicina. La degradación de la ética profesional que se encierra detrás de este cambio es enorme, y aquí conviene recordar el precepto hipocrático de no administrar veneno a un paciente, aunque lo pida. La medicina no puede renunciar a su finalidad y ceder a una compasión mal entendida; más aún hoy, cuando las posibilidades de alivio son inmensas.



LA PRIMITIVA IGLESIA (3) LOS PRIMEROS CRISTIANOS

UNA CRISIS DE CRECIMIENTO: Los primeros cristianos y los Apóstoles se encontraron enseguida frente a una situación muy delicada: permanecen fieles a las exigencias del judaísmo, a la oración en el Templo; pero quieren también permanecer fieles a Cristo. Así, pues, las circunstancias, la violenta reacción del medio judío, la llegada de los nuevos convertidos no judíos (*helenizantes*), van a provocar enseguida una crisis de crecimiento. ¿Se liberará el Cristianismo a tiempo de considerarse una rama de la religión judía, para mostrarse tal como es: una religión nueva y universal? Este es el problema capital.

UNA RUPTURA BRUTAL: Algunas semanas después de la Pasión, una noticia vuelve locas a las autoridades judías: en nombre de Jesús (a quien se le creía muerto) Pedro realiza su primer milagro. Después de haber curado al paralítico, proclama a la multitud agolpada, que Jesús ha resucitado, y que es el Mesías. Esto es demasiado. ¡Es demasiado! Se les arresta. Comparecen ante el Sanedrín que les prohíbe «...severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús». Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo: «¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». (Hch 4, 18-20). Continúan predicando. Intimidaciones, flagelaciones, amenazas de muerte, nada les importa. «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». (Hch 5, 29).

Entre los *helenizantes* convertidos destaca un diácono particularmente dotado y dinámico: Esteban. Presenta la novedad del Cristianismo. La predica: la Ley es provisional. Jesús es más grande que Moisés: no es bueno guardar el vino nuevo en odres viejos... Su doctrina revolucionaria levanta una oposición furiosa. Sumos Sacerdotes, escribas, fariseos, todo el judaísmo tradicional le hace frente. Esteban es lapidado, apedreado hasta la muerte. El único recurso de los convertidos es huir de Jerusalén.

UNA EVOLUCIÓN INTERNA: En Antioquía, (tercera ciudad del Imperio Romano, que se situaba entonces en Siria, y corresponde hoy a la moderna Antakya, en Turquía), ciudad cosmopolita que los acoge, aparecerá enseguida el problema de la universalidad del Cristianismo. Fren-

te a las naciones, ¿qué línea de conducta adoptar? Puesto que Israel es el pueblo elegido, será necesario nacionalizarse judío para ser discípulo de Cristo. Así razonaban los cristianos profundamente judíos.



Un precedente sensacional. Para romper con la dificultad, el mismo Dios interviene. Pedro, recalcitrante en principio, se somete después, y guiado por el Espíritu Santo, bautiza a «un hombre temeroso de Dios», Cornelio el Centurión, y a toda su familia. La circuncisión ya no es problema.

El primer concilio. En Antioquía, Pablo y los primeros cristianos que allí estaban, convierten a un gran número de paganos. El problema de la naturalización judía, no se presenta en Antioquía. El rumor público inventa incluso un nombre para designar a los convertidos: «**los cristianos**». Pero la repercusión en Jerusalén es profunda. Ya el bautismo de Cornelio había sido acogido de mala gana: ¡un centurión romano! Si este hecho debía convertirse ahora en una regla general, ¿a dónde se llegaría? La inquietud crece entre los partidarios del judaísmo. Entonces se reúne un concilio en Jerusalén: ¿se puede ser cristiano sin ser judío? Un privilegio se concede entonces a los paganos convertidos, respetando la conciencia judía.

La verdadera unidad. Así la primitiva Iglesia determina sus bases, la relación entre la ley de Moisés y la fe de Cristo. Pedro duda, Pablo es claro y tajante: «Pues sostenemos que el hombre es justificado por la fe, sin obras de la Ley. ¿Acaso Dios lo es solo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? También lo es de los gentiles» (Rom 3, 28-29). En lo sucesivo la Iglesia de Cristo no vuelve a estar sometida a las exigencias mosaicas, ignora las barreras de las naciones, adquiere dimensión universal: «donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo, que lo es todo, y en todos». (Col 3, 11).